

07/2019

28 de febrero de 2019

Federico Aznar Fernández-Montesinos

Pagés y la epidural. Reflexiones sobre el 'soft power' al hilo del libro «España. Una historia global» de Luis Francisco Martínez Montes

Pagés y la epidural. Reflexiones sobre el 'soft power' al hilo del libro «España. Una historia global» de Luis Francisco Martínez Montes

Resumen:

La lectura del trabajo de Luis Francisco Martínez Montes: *España. Una Historia global* sirve a la reflexión sobre la historia de España en clave global y también a la valoración de su contribución al mundo. El resultado de esta aventura intelectual es, además de poner en valor el papel de España especialmente en Iberoamérica, la propuesta de una suerte de jesuitismo laico de factura española que sirva de base a la construcción de una sociedad multicultural, en tanto que inevitable producto del proceso de globalización en curso. El sincretismo de Nueva York es el futuro.

Palabras clave:

Iberoamérica, *soft power*, globalización, España, Historia, pesimismo, narrativa.

Pagés and the epidural. Reflections on Soft Power along the lines of the book 'Spain. A global history' by Luis Francisco Martínez Montes

Abstract:

The reading of the work of Luis Francisco Martínez Montes 'Spain. A Global History' serves to think about the history of Spain in a global key and also to the assessment of its contribution to the world. The result of this intellectual adventure is, in addition to highlighting the role of Spain, especially in Ibero-America, the proposal of a kind of secular Jesuitism of Spanish roots that serves as the basis for the construction of a multicultural society, an inevitable product of the process of globalization. New York's syncretism is our future.

Keywords:

Latin America, soft power, globalization, Spain, history, narrative.

Por ti me estoy quejando
al cielo y enojando
con importuno llanto al mundo todo:
tan desigual dolor no sufre modo.
No me podrán quitar el dolorido
sentir, si ya del todo
primero no me quitan el sentido.

Garcilaso de la Vega, Égloga I



Figura 1: El sueño del caballero (Antonio de Pereda).
Real Academia de Bellas Artes de San Fernando

Objetividad y subjetividad. Historia y conflicto

La historia la configuran un numerosísimo conjunto de sucesos algunos de los cuales tienen relaciones entre sí mientras otros, a pesar de las apariencias, realmente no. Antes eran apenas un conjunto de batallas y reyes, hoy el foco se ha ampliado y se ha trasladado al conjunto del marco social, cultural e intelectual. Pero el problema sigue siendo el mismo de antaño: determinar sus esquinas y sentido; definir lo relevante y separarlo de lo accesorio.

La Historia es una disciplina humanística, como cualquier ciencia social, es decir, es un corpus de hechos sometido a una metodología científica que permite extraer conclusiones igualmente científicas por más que discursivas. Y es que, recordando a Toynbee, «la civilización es un movimiento, no un Estado; es un viaje, no un puerto.» Estamos ante un espacio, además, dotado de un gran dinamismo y que admite diferentes lecturas según la referencia en la que se encuentre el lector.

Como resultado de su carácter pretendidamente científico, estas conclusiones, que alcanzan y explican el presente, se manifiestan como imperativos irrefutables, exigencias, puros determinismos. Por eso son políticamente relevantes y convierten, de la mano de expertos a favor o en contra, el teatro de la historia en un nuevo teatro de enfrentamiento; eso lo recuerda bien la imagen de aquel terrorista que, con la pistola todavía humeante, sostenía que a su víctima no la había matado él, sino la historia.

Pero el factor humano es inevitable. El hombre es *faber historiae*. Y es que, la historia, al igual que hacen la mayoría de las ciencias sociales, incorpora una cierta subjetividad, esto es, una lectura que inevitablemente queda asociada a la experiencia y mirada del que la hace, a sus referencias, muchas veces transparentes y otras ocultas en el mensaje y hasta en sus mismas conclusiones. Distintas referencias aportan a menudo diferentes resultados. Los hechos son reales, su ponderación y ordenamiento adolecen de esta problemática puesto que, por muy científica y aséptica que sea, la aplicación de la ciencia es de factura humana y varía con el tiempo. Es el eterno problema del humanismo.

Así si se visitan los museos vaticanos podrá verse que muchos papas, con su título, tienen sus apartamentos. Una sonora excepción es la de Calixto III y Alejandro VI, cuyos apartamentos se anuncian conjuntamente como los «apartamentos de los Borgia». Los distingos no son buenos sobre todo cuando los hace la propia institución en la medida en que favorecen la leyenda y, a la postre, la perjudican.

Sus cuerpos, tío y sobrino, están humildemente enterrados fuera del Vaticano, donde lo estuvieron hasta que se instaló el obelisco en la plaza de San Pedro, y tras muchos avatares y tiempo insepultos, fueron inhumados en la iglesia de Santa María de Montserrat de los españoles, iglesia nacional de España en Roma, lugar señalado posteriormente con la presencia temporal del cuerpo de Alfonso XIII. Y, aun admitiendo lo escandaloso de algunos aspectos del proceder privado de Alejandro, no se distinguieron grandemente en su conducta, ni de los que le precedieron, ni de los que le siguieron; el propio Julio II fue continuador de la mayoría de su obra política. En el castillo

de Sant'Angelo las pinturas que decoran los apartamentos de uno y otro son de estilos muy similares, por más que la intervención de Rafael en los apartamentos del papa Julio en el Vaticano (entre otras, su célebre *Escuela de Atenas*) le sitúen en la cumbre de las artes; ambos también embellecieron Roma de la mano de artistas como Miguel Ángel. Fueron los Borgia, con sus virtudes (Alejandro era un diplomático nato) y defectos, que evidentemente tenían, hombres de su tiempo, que cometieron grandes errores pero que también tuvieron grandes aciertos. Estos van desde el nepotismo —algo común en ese periodo; desde el Concilio de Aviñón hasta el patriarcado de Inocencio XII, un papa sin un cardenal nepote (San Carlos Borromeo lo fue) era una excepción a la regla— al Tratado de Tordesillas, cuando con la sanción papal España y Portugal se repartieron el mundo. Pero más interesantes, por ejemplo, son las poco conocidas vidas de los papas Formoso y Esteban VI (protagonistas del llamado Concilio Cadavérico) de los que apenas se habla.

Otras veces la historia se ha manipulado deliberadamente para apoyar, como decíamos, tesis y propuestas políticas convirtiéndose en puro relato. Un buen ejemplo de ello lo tenemos en la obra del contraalmirante Alfred Taylor Mahan *La Influencia del poder naval en la historia (1660-1783)*, publicada en 1890, que utiliza la de España como contrapunto a la del Reino Unido con vistas a demostrar la superioridad del poder naval y sus posibilidades, dando cuerpo doctrinal y coherencia a los movimientos estratégicos realizados por Estados Unidos en ese tiempo y difamando de paso a su rival estratégico de entonces.

El trabajo del contraalmirante, como decíamos, no sirve a la historia, sino que se sirve liberalmente de ella, la instrumenta, para hacer política y justificar una concreta opción estratégica. Su interés estaba dirigido más a la reelaboración del pasado que al propio pasado, construyendo un relato imaginario que se utilizará a favor de ciertos objetivos políticos no relacionados con la investigación histórica.

Como consecuencia de esta visión instrumental, Mahan afirmaba públicamente y sin tapujos que la historia escrita no era más que un conjunto de detalles subordinados alrededor de una idea central; que a algunos hechos no merecía la pena dedicarles demasiado esfuerzos; que la búsqueda de la certeza plena podía conducir a la falta de decisión; y que los hechos hay que tomarlos en su conjunto y siempre subordinados al

tema central¹. Churchill lo explicó aún más claramente cuando, tras la Segunda Guerra Mundial, afirmaba estar preocupado por cómo le trataría la historia, razón por la que, irónicamente, decía que la iba a escribir él mismo. Y no solo lo hizo, sino que obtuvo un premio Nobel por ello.

El pesimismo español

En el caso de España, el énfasis en los estudios históricos a partir de la segunda mitad del siglo XIX vino a coincidir con una crisis de identidad que llevó al regeneracionismo propugnado por Joaquín Costa a «echar doble llave al sepulcro del Cid», al objeto de evitar los anhelos por las grandezas de un pasado irrecuperable. Su propuesta de «escuela y dispensa» pretendía un programa realista de largo plazo. Esto permite identificar los dos extremos del movimiento del péndulo en el que, no pocas veces, parecen oscilar los españoles a la hora de pensar en sí mismos.

Así, el español se desplaza de modo casi cíclico, por un lado, a la automortificación y la condena de la propia historia y, por otro, a la exaltación acrítica de la misma, al éxtasis y la autosatisfacción. El péndulo, sin solución, una vez posicionado, siempre acaba por llegar a los extremos en los que, cómodamente, se instala.

El pesimismo, el «dolorido sentir» evocado por Garcilaso —con el que comenzábamos este ensayo y que enmarca el cuadro del *Sueño del caballero* de Antonio de Pereda— ha quedado como una suerte de música de fondo barroca y recurrente a la que siempre se vuelve; es la que se escucha en ausencia de otros efectos sonoros. Pocos países en el mundo, por ejemplo, tendrían museos con salas dedicadas a sus derrotas.

De este modo, el pesimismo ha impregnado la trayectoria nacional como expresión de una actitud desesperanzada que arranca del fracaso de su compromiso tridentino, por más que el advenimiento de los Borbones trajese nueva luz y supusiese la revitalización del país. Este sentimiento se acentuó en el siglo XIX transformándose ya en un bucle melancólico, en un pensarse desgraciado y sin solución.

Tal discurso es fácil por conocido y cuenta con sus anclajes en la realidad que explican su recurrente vuelta; y, peor aún, está en parte aún hoy hasta asumida su veracidad. Y

¹ TERZAGO CUADROS, Jorge. «Alfred Thayer Mahan (1840-1914) contraalmirante U.S. Navy, su contribución como historiador, estratega y geopolítico». Disponible en: <http://www.cialc.unam.mx/pdf/mahan.pdf>

este sentir se ve hasta auspiciado en clave geopolítica por actores externos que actúan en su propio beneficio, manipulándolo y provocando intencionadamente su retorno. Baste recordar, como ejemplo y en clave marco, que durante la crisis económica internacional iniciada en 2008 fruto de las hipotecas *sub prime* y la caída de Lehman Brothers, el término PIGS, preexistente a esta, sirvió para desplazar su centro tectónico al sur de Europa, aún más allá de las debilidades estructurales de sus modelos bancarios. Debe de ser un síndrome mediterráneo, que por identificado, se ve instrumentado a veces desde el norte.

En este sentido es muy interesante el cuadro que se acompaña y que expresa el concepto que los pueblos, al margen de la realidad, tienen de sí mismos elaborado por la empresa IPSOS. No podemos pensar peor de nosotros mismos.

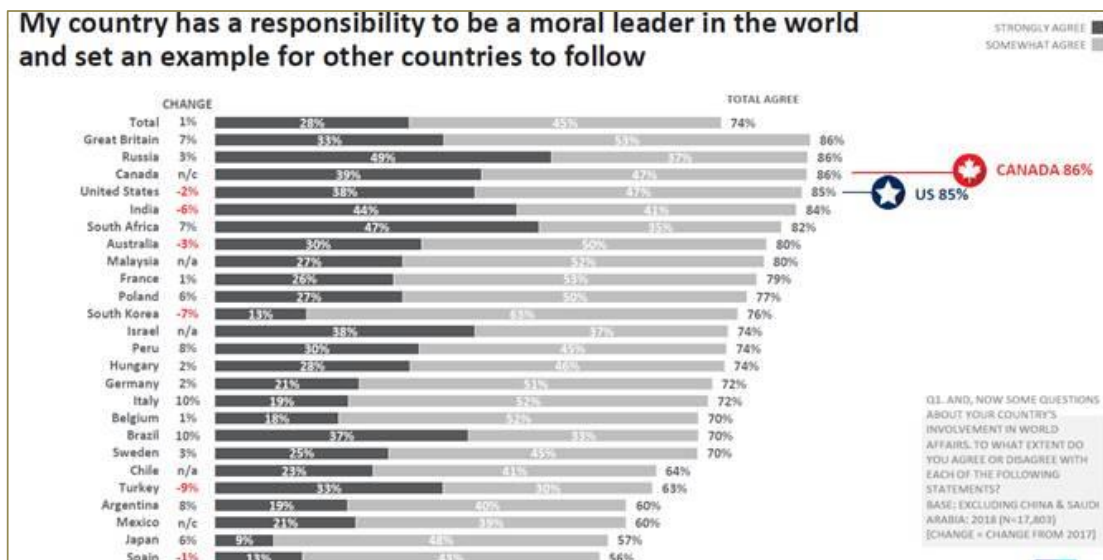


Figura 2. Fuente: IPSOS, disponible en: https://www.ipsos.com/sites/default/files/ct/publication/documents/2019-01/ipsosupdate_january2019_0.pdf

El problema actual, en el caso de la España, no es otro que el siglo XIX. Este se inauguró con la Guerra de la Independencia —que fue también, dicho sea de paso, una guerra civil— a la que sigue la fuga de las élites intelectuales y después, las sucesivas guerras carlistas. Tales catástrofes impidieron la industrialización plena del país, que quedó convertido en un recurso exótico a ojos de los europeos. A esta época corresponde la célebre admonición apócrifa por más que imputada a Alejandro Dumas: «África comienza en los Pirineos».

Desde entonces, y hasta fechas relativamente recientes, nuestro país se fue situando en un lugar cada vez más esquinado de la realidad europea ausente de sus conflictos, aunque envuelto en los suyos propios. Europa quedó así convertida en un espacio externo de referencia; y España se vio incapaz de alcanzarlo entonces, quedando, en las palabras de Valle-Inclán en *Luces de Bohemia*, como «una deformación grotesca de la civilización europea».

Pero la verdad es hija de su época y las instituciones también. Un pronunciamiento *ab aeternum* desde los códigos del siglo XXI condenando, por ejemplo, la Inquisición en un juicio fácil propio del guionista que busca hacer una película comercial. Eso no es historia sino, nuevamente, relato.

Hay que entender las instituciones y las culturas en su contexto y como productos de su época. No hay verdades atemporales. Así, la Inquisición pudo tener un sentido en el siglo XVI en la medida en que sirvió para encauzar una violencia que existía y que, con todo, contribuyó a limitar, al precio, eso sí, de legitimarla; esto, en otros territorios, dio lugar a guerras religiosas, a las matanzas de San Bartolomé, a las quemaduras masivas de brujas, etc. Tras la Ilustración, momento en el que surgió la libertad de pensamiento como concepto, la Inquisición estaba fuera de lugar.

Pero hay que entenderlo, aunque poseedora de una abrumadora presencia global, el proyecto español para Europa había quedado herido de muerte con la paz de Westfalia ya desde 1648. Y los vencidos son siempre culpables a ojos de los vencedores. La primera característica del poder es su capacidad para establecer la verdad. Como agudamente ya señalaba Raymond Aron, «probar la responsabilidad del enemigo en una guerra se ha convertido en el deber de todo gobierno»². Esto es lo que le pasó a España con su «leyenda negra» y que ha generado una actitud crítica de la cuenca atlántica norte hecha de voces pero, sobre todo, de silencios y formulada hasta de modo pretencioso con un punto de injustificada superioridad.

La conceptualización de la «leyenda negra», es decir, la creación de este término es de 1914 y es fruto del trabajo de Julian Juderías en su obra *La leyenda negra y su verdad histórica*. Como él mismo diría: «por leyenda negra entendemos el ambiente creado por los relatos fantásticos que acerca de nuestra patria han visto la luz pública en todos los países, las descripciones grotescas que se han hecho siempre del carácter de los españoles como individuos y colectividad, la negación o por lo menos la ignorancia

² ARON, Raymond. *Un siglo de guerra total*. Editorial Hispano Europea, París, 1958, p. 1.

sistemática de cuanto es favorable y hermoso en las diversas manifestaciones de la cultura y del arte, las acusaciones que en todo tiempo se han lanzado sobre España fundándose para ello en hechos exagerados, mal interpretados o falsos en su totalidad, y, finalmente, la afirmación contenida en libros al parecer respetables y verídicos y muchas veces reproducida, comentada y ampliada en la prensa extranjera, de que nuestra Patria constituye, desde el punto de vista de la tolerancia, de la cultura y del progreso político, una excepción lamentable dentro del grupo de las naciones europeas».³

Y esa actitud resurge porque atendemos a ella —los imaginarios son solo verdad cuando los aceptamos y los hacemos nuestros— y no escribimos nuestra propia historia. Sin ella Magallanes y Elcano no serían los primeros en dar la vuelta al mundo (que sería Drake), el teniente de navío Peral no inventaría el submarino moderno y el comandante médico Fidel Pagés Miravé no descubriría la anestesia epidural o, al menos, sus logros no serían debidamente puesto en valor.

Y es que, para comenzar, el trato que se da a los hechos no es simétrico porque la historia no es un tribunal. Así, por ejemplo, el comportamiento criminal de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (VOC, por sus siglas en neerlandés) o, peor aún por resultar más cercana en el tiempo, la colonización belga del Congo, tan magistralmente recogido por Joseph Conrad en la novela *El corazón de las tinieblas*, son comparativamente menos citados que los crímenes atribuidos a España en su «leyenda negra». La difusión de las ilustraciones de Theodor de Bry para argumentarla y contribuir a su visualización fruto de las posibilidades de difusión de la imprenta, fue una hábil maniobra política cuyos efectos aún perduran en el subconsciente no solo europeo, sino nacional y ayudan hoy al retorno del antiguo discurso. La guerra hispano-estadounidense del 98 se sirvió de idéntica metodología.

Las referencias en esto si no lo son todo, son mucho. En ellas se establecen las preguntas y el sentido de lo importante mediante la fijación del marco que determina su tratamiento implícito. En las preguntas se encuentran escritas las respuestas que, naturalmente, siempre van en beneficio propio. El que hace las preguntas está fijando el foco y el marco posible de las opciones de contestación al tiempo que va a establecer los sobreentendidos a partir de los que se va a elaborar estas. Así una empresa tan magna, heroica y de mestizaje como la empresa estadounidense permanece poco

³ JUDERIAS, Julia. *La Leyenda Negra*. Madrid, 1986, p. 28.

tratada en el mundo noratlántico; y cuando lo es, se presenta, de común, solo como una sucesión de crímenes y masacres. Mientras, el duelo ocurrido en el O.K. Corral es conocido en el mundo entero.

Son sus referencias, no las nuestras. El fracaso del almirante Vernon en Cartagena de Indias —el desembarco naval más importante hasta Normandía— fue deliberadamente silenciado. Wellington minusvaloró el papel de las guerrillas españolas mientras regimientos enteros que estaban a sus órdenes y que resultan aniquilados no son mencionados y desaparecen en un mar de papeles; o «la grande y felicísima Armada» de Felipe II se transforma en la vencida Armada Invencible, nombre con el que, burlonamente, la retórica inglesa la bautizó posteriormente y que los españoles acriticamente, y perfectamente adoctrinados sobre sí mismo, la hacen suya. Los ingleses expulsaron de sus dominios a los judíos en 1290, los franceses en 1306, 1321-1322 y 1394 o el archiducado de Austria en 1421, pero se habla sobre todo de su expulsión de España en 1492, cuando a esta le siguieron otras más.

Y es que la historia no pretende juzgar o justificar, sino entender y contextualizar. Así, no se puede condenar al hombre de cromañón por caníbal. En su época no podía esperarse otra cosa; y proceder así, hay que decirlo en este mundo de lo políticamente correcto, no es justificar el canibalismo, sino tan solo pensar, algo que todo intelectual debe hacer sin apriorismos, sin prosternarse ante tótem alguno. Como ya apuntaba Hegel, el tribunal de la historia no es tanto el juicio de Dios como del juicio de la política; «el espíritu universal, el espíritu del mundo, que es al mismo tiempo quien ejerce sobre ellos su derecho —y su derecho es el derecho supremo— en la historia universal, erigida en tribunal de la historia».⁴

El problema que subyace es la lectura que se hace de la historia de nuestro país y que en no pocas ocasiones se realiza desde otras referencias, desde hitos que no son los suyos, desde narrativas ajenas hechas no pocas veces desde el determinismo, un conocimiento insuficiente e intereses propios. Tales referencias distorsionan la historia hasta los límites de lo grotesco, a veces de un modo deliberado.

⁴ HEGEL, G.W.F. *Principios de filosofía del derecho*. Editorial Edhasa, Barcelona, p. 420.

La visión noratlántica del mundo como visión predominante

Todo ello sucede en un tiempo en el que predomina la visión noratlántica del mundo, que se ha impuesto como natural. Esta visión que trata de representar al conjunto del mundo occidental, tiene esa ambición. Las claves de la historiografía popular del Reino Unido, un país cuya cultura ha hecho meritorios servicios al mundo, por ejemplo, datan de finales del XIX y supone una reelaboración de la propia historia hecha desde claves imperiales y cuyos vacíos e irrelevancias se rellenan con mitos, como el rey Arturo, ignorando así el hecho de que las islas británicas eran la *Terra Ultima* del imperio romano y aun después, cuando en sus tierras no había entonces nada de relevancia para el resto de la humanidad.

La producción de relatos, historias y documentales que apoyan su visión del mundo y hacen cuajar sus referencias como compartidas y comunes es algo que resulta obvio simplemente con comprobar la programación televisiva nacional, su temática y producción; con ellas se hace pedagogía, se alecciona y se establecen referencias interesadas. La memoria visual y el relato configuran el marco apriorístico para la toma de decisiones de la población en general; y es por ello extremadamente relevante, más aun que la verdad. España no hace un esfuerzo mínimamente comparable en términos de *soft power*.

La visión anglosajona es, dicho sea de paso, históricamente poco benigna con la historia de España, que subyace como contramodelo a su mito casi fundacional (Felipe II *versus* Isabel), aunque su tradicional rivalidad es con Francia. Esta visión está reforzada con instrumentos tales como las prestigiosísimas y pioneras becas instituidas por Cecil Rhodes en 1902 para promover una visión compartida y la unidad entre las naciones de habla inglesa y por poderosísimos centros de pensamiento y enseñanza de uso compartido. Estamos ante un añejo, sinérgico y eficaz modelo de *soft power*.

En un punto todavía más extremo, no el de la deformación, sino el de la minusvaloración, se sitúa lo sucedido con lord Kenneth Clark, quien en un renombrado trabajo para la BBC emitido en 1969, la serie titulada *Civilización*, en la que se repasaban las culturas que habían enriquecido a la humanidad, excluyó a España del proyecto.

La obra de lord Clark es, precisamente, el *leitmotiv* del libro que constituye el objeto de esta reseña *España. Una Historia Global* elaborado por el diplomático, humanista y colaborador del IEEE, Luis Francisco Martínez Montes, y editado por *Global Square* en 2018. Él personalmente es un ejemplo de multiculturalidad, algo que le viene bien a su

oficio de pontonero. En palabras de nuestro diplomático «este libro trata de cómo España, y el más amplio mundo hispánico, ha contribuido a la historia universal y, en concreto, a la historia de la civilización, no solo durante el apogeo del Imperio español, sino a través de un período mucho más amplio.» La obra se concibe como un paseo por la historia y como una muy respetuosa refutación del discurso de lord Clark.

Cabría incluir su obra en la estela de las publicaciones que al hilo del libro *Imperiofobia y leyenda negra* de María Elvira Roca Barea tratan de reaccionar frente a la ignorancia, la mutación de claves, cuando no la mera tergiversación de la historiografía nacional; o también del trabajo de Luis Suárez *Lo que el mundo debe a España* en el que trata de poner en valor lo que precisamente lord Clark y no pocos noratlánticos, normalmente con menos imaginación y categoría intelectual, cuestionan: el papel de España en el mundo. Pero esto, como decíamos, tampoco es exactamente así y, desde luego, no es su principal aportación. Esta viene del cambio de claves, de la transformación del paradigma explicativo de nuestra historia exclusivamente en clave nacional a un marco de referencia. En la obra de Martínez Montes estamos en el extremo opuesto al de la España ensimismada y *tibetanizada* de Ortega. Su obra nos muestra una España que primero recibe las aportaciones de otras civilizaciones, posteriormente las transmuta según sus claves y, finalmente se proyecta con ellas al mundo, transformándolo y transformándose en el proceso.

Al comenzar la Era Moderna, la monarquía hispánica, a diferencia de lo sucedido en el mundo noratlántico, hizo una temprana apuesta por la mezcla, por el mestizaje biológico y cultural porque, por así decirlo, lo llevaba en su código genético. Y también porque venía de una tradición primero romana y luego católica. En el mundo anglosajón, la mezcla era menos frecuente, aún en el supuesto de tener que convivir con la diversidad. El modelo católico español consideraba a los nativos seres humanos y racionales a los que, consecuentemente, había que incorporar al nuevo orden. Esto, como veremos, ha traído hoy grandes dividendos.

Cuando salió fuera, España fue más allá de procurar el desarrollo económico de su propio territorio como tanto se ha hecho ver. Fue para quedarse. Los múltiples conflictos que sostenía y que eran concordantes a su proyecto político la hicieron ser ciertamente extractiva, pero no actuó solo en beneficio de la metrópoli. De hecho, como nos recuerda Luis Francisco Martínez Montes la renta per cápita de la mayoría de las antiguas colonias

españolas supera hoy a las de las antiguas posesiones de los imperios noratlánticos, salvo, en el caso británico, el de sus dominios blancos, donde no hubo fusión.

En efecto, el modelo noratlántico, en la tradición fundamentalmente protestante, preconizaba una radical separación entre los elegidos y el resto. En este sentido, un proverbio asiático recuerda que los británicos, cuando fundaban una colonia creaban tres instituciones: una iglesia, un hipódromo y, por fin, un club al que los orientales no podían pertenecer⁵. La situación de los indígenas hoy es numérica y socialmente diferente entre los países que antiguamente pertenecieron a España y los otros. Por eso el modelo español, pese a la leyenda negra, ha resultado aún más avanzado y enriquecedor en lo humano.

España en la historia global

Lo que sostiene el autor en la primera página del libro resume muy bien su contenido: «Entre finales del siglo XV y principios del XIX, la monarquía hispánica fue una de las mayores y más complejas construcciones políticas jamás conocidas en la historia. Desde la meseta castellana hasta las cimas andinas; desde ciudades cosmopolitas como Sevilla, Nápoles, México o Manila hasta los pueblos y misiones del sudoeste norteamericano o la remota base de Nutka, en la canadiense isla de Vancouver; desde Bruselas a Buenos Aires y desde Milán a Los Ángeles, España ha dejado su impronta a través de continentes y océanos, contribuyendo, en no menor medida, a la emergencia de la globalización. Una aportación que ha sido tanto material —el peso de plata hispanoamericano transportado a través del Atlántico y del Pacífico fue la primera moneda global, lo que facilitó la creación de un sistema económico mundial—, como intelectual y artística. Los más extraordinarios intercambios culturales tuvieron lugar en casi todos los rincones del Mundo Hispánico, no importa a qué distancia estuvieran de la metrópolis. Durante aquellos largos siglos, en algún momento dado, un descendiente de la nobleza azteca traducía una obra de teatro barroca al nahual para el deleite de una audiencia indígena y mestiza en un mercado de la ciudad de México; gracias al contacto entre China y las islas Filipinas bajo dominio español, un sacerdote dominico andaluz terminaba, en la ciudad de Fuzhou, la primera gramática de la lengua china escrita por un occidental; un monje franciscano componía una pieza de música polifónica con letra en quechua para ser interpretada en una iglesia peruana decorada con artesonados

⁵ NIXON, Richard M. *La verdadera guerra*. Ed. Planeta, 1980, p. 152.

mudéjares o un equipo multiétnico de naturalistas amerindios y españoles describía en latín, español y en las lenguas vernáculas americanas miles de plantas medicinales, minerales y animales previamente desconocidos en Europa. Y lo más probable es que la mayoría de los intercambios mencionados, y otros muchos posteriores, tuvieran lugar mientras los miembros de la Escuela de Salamanca establecían los cimientos del derecho internacional o contribuían a formular las primeras teorías a caballo entre la escolástica y la modernidad sobre el precio, el valor y el dinero; Cervantes escribía Don Quijote; Velázquez pintaba Las Meninas o Goya exponía las luces y sombras de la Ilustración europea.»

La contribución de España al mundo comenzó en el imperio romano y se materializó a través de figuras señeras de todo tipo como Séneca, Lucano, Marcial, Quintiliano, Columela, Marco Aurelio, Trajano, Adriano, Teodosio I, Osio, Prudencio, Prisciliano... no solo *Hispaniesis natus, sed Hispanus*. La romanización se produjo a partir de las ciudades de las que los romanos se convirtieron en incesantes promotores demostrando con ello su vocación de permanencia. El esfuerzo de interpenetración se tradujo en mutuos beneficios.

Mucho se debe a España de la preservación de la sabiduría del mundo antiguo a través de las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla (en tanto que obispo de esta ciudad, aunque probablemente fuera natural de Cartagena, mi patria chica; sus calles le recuerdan bien), una suerte de enciclopedia, de manual del saber que recogía el legado romano visigótico cuya vigencia alcanza del siglo VII al XVI (como si una edición de la enciclopedia Espasa perdurase hasta el 2900) lo que explica su reciente designación como santo patrón de internet.

Pero también mucho se debe al crisol que fueron los reinos medievales que permitieron la transferencia de conocimientos del mundo clásico, recuperados por los árabes. Es lo que llama Martínez Montes «el gran intercambio ibérico» que se daba en «una marmita en ebullición en la que el norte y el sur mantuvieron una relación inestable de conflicto y convivencia», que luego se convirtió en una suerte de primer intercambio global. Es la España de las «Tres Culturas», a la que no es necesario idealizar, ni tampoco denigrar gratuitamente. Un buen ejemplo de ello, lo encontramos en el *Cantar de Mio Cid* donde no hay dualismos trascendentes, situándose buenos y malos distribuidos conjuntamente entre las diferentes partes, cristianos y musulmanes.

En la Edad Media y en los albores de la Moderna, España ni estaba esquinada, ni era periférica en Europa, sino que se encontraba instalada como nodo donde se entrecruzaban los flujos culturales europeos y globales (recordar esas embajadas ante el Gran Turco o Tamerlán). Vías como el camino de Santiago permitieron distribuir ese flujo de conocimientos desde España hacia Europa central. Pero también productos: azúcar, espinacas, berenjenas, melones, etc. Fue por ahí por donde entró también el número cero en Europa, algo que llevará al cálculo infinitesimal.

La Historia puede ser narrada desde muchos puntos de vista, hasta desde el arte de servir la mesa que tuvo en la España medieval una riqueza que en Europa no era posible, o desde el ajedrez, juego en el que una de sus piezas sufrió una mutación operacional en atención a la Reina Católica. España importó una gran riqueza cultural del mediano y del lejano oriente y le dio entrada en Europa. Zaryab, un iraní conocido como Ave Negra, una suerte de Petronio musulmán, trajo la música, la gastronomía o la moda de esas tierras. La biblioteca de Al Hakam II tenía más de 400 000 volúmenes cuando los monasterios del centro de Europa más avanzados apenas disponían de unos cientos de ellos. Las figuras de Averroes (en el limbo, pero salvado de los infiernos en la gran obra de Dante Alighieri), Ibn Arabí y el judío Maimónides, descuellan tanto entre Oriente como en Occidente, de Astana a Jumilla. En otras partes de Europa que se considera más avanzada, el personal llevaba por entonces cascos con cuernos incorporados.

En el ámbito del derecho, las *Siete partidas* de Alfonso X —que a diferencia de Carlomagno sabía leer y escribir y tenía ambiciones intelectuales— fueron la recopilación legislativa europea más relevante desde el *Codex* del emperador bizantino Justiniano hasta el *Código Napoleónico*.

En España se introdujeron, asimismo, las primeras instituciones políticas europeas verdaderamente representativas, incluyendo a los tres Estados que ya estaban en las Cortes de Castilla desde 1188 y luego en las de los otros reinos. En Inglaterra no llegarán sino hasta 1258⁶. Aquí es donde, en 1035, por vez primera se elimina la servidumbre, cuando en el *Fuero de León* se le da la libertad al siervo llevando sus bienes muebles consigo, y cabe recordar que sus últimos vestigios fueron eliminados en 1480 por Isabel la Católica.

⁶ Entrevista a Luis Suárez, *Diario ABC* 02/06/09. Disponible en: <http://www.abc.es/20090602/cultura-cultura/luis-suarez-pasa-revista-20090602.html>

Todo esto lo ignora lord Clark en su obra, como también obvia, a la hora de abordar el Renacimiento, el papel de España y se centra en Italia aún a pesar de haber regido aquella los destinos de este país durante dos siglos y de ser la primera comunidad política occidental capaz de crear la infraestructura administrativa de un imperio de dimensiones globales y gobernarlo hasta la segunda década del siglo XIX.

Tal hazaña vino de la mano de una diplomacia (nuestra embajada ante la Santa Sede es la primera embajada permanente del mundo; y ahí están figuras como el murciano Saavedra Fajardo, el conde de Gondomar o el precedente ya citado de Ruy González de Clavijo en la corte de Tamerlán) y un ejército moderno impulsado por el rey Fernando el Católico en una España perfectamente conectada con la realidad europea y, en muchos aspectos, adelantada a la misma.

En el terreno ideológico y cultural la imbricación de España e Italia garantizaba la transferencia de ideas y modelos. Como necesaria consecuencia, el Renacimiento entrará con fuerza en la península y convivió con el misticismo, dando pie más tarde a la literatura y las artes del barroco. Maquiavelo publica su *El príncipe* en 1503 utilizando a Fernando El Católico como modelo y sienta las raíces del concepto de *Razón de Estado*. De hecho es expresión de origen italiano, pero solo con Giovanni Botero se desarrollará como doctrina en su obra *Della Ragion di Stato Libri Dieci, con Tre Libri delle Cause della Grandezzae Magnificencia delle Città*, publicado en 1589 y traducida por Antonio de Herrera en 1593. Arbitrios y tratados se sucederán en un debate que también tiene sus ecos en nuestro país, que adopta mayoritariamente el *tacitismo* —Tácito fue para no pocos autores un exponente romano de la razón de Estado, por lo demás muy conocido por Felipe II— como forma política alternativa con la que soslayar los prejuicios que trae consigo el maquiavelismo al tiempo que suma sus réditos y práctica.

La transferencia de ideas con el norte de Europa es también importante antes de la llegada del protestantismo, que provocará la obturación de esa vía de comunicación, aunque no plenamente. Marcel Bataillon en su inmortal obra *Erasmus y España* recoge bien los efectos y la amplia difusión de sus ideas en nuestro país.

El contexto estratégico europeo no consiente en ningún caso la ausencia de España, clave en la defensa de sus esencias. La conquista de Estambul en 1453, además de marcar el inicio del Renacimiento supuso la definitiva llegada del imperio turco al Mediterráneo. Tras 50 años de consolidación, la caída de Rodas, que hasta entonces se encontraba en manos de los Caballeros del Santo Sepulcro, dio a los turcos el control

sobre el Mediterráneo Oriental. En 1526 se produjo la batalla de Mohacs que permitió al Gran Turco mantener el control de la mayor parte de Hungría durante 150 años; y en 1532 se produjo el primer sitio a la ciudad de Viena. La suma de los dos teatros suponía una amenaza estratégica para Europa de primer nivel: una tenaza. Esta pugna se extendería para la Casa de Habsburgo hasta casi 1682 en que se produjo el segundo asedio a Viena.

La batalla de Lepanto en 1571 supuso, sin ser decisiva, un freno a esa expansión, pero la amenaza se extendería durante todo el siglo XVII mientras el corso berberisco asolaba las costas mediterráneas, contexto en el que hay que entender las expulsiones de los moriscos. Este era el escenario realmente importante para España, además del iberoamericano y las conexiones marítimas atlánticas y con Asia, enlazadas con las flotas atlánticas y los galeones de Manila en una empresa auténticamente global.

El humanismo triunfó en España de la mano de unos reyes liderados por Felipe II con un fino sentido del arte y se consuma en El Escorial como primer edificio multifunción y expresión de un proyecto espiritual, humanista y científico sin parangón en la Europa de entonces. La biblioteca es el corazón del plan de Felipe II. No obstante, esta con toda la grandeza que aún conserva, se vio afectada por un terrible incendio en 1671 y también por la Guerra de la Independencia. Las colecciones reales serán la base del museo del Prado del que este año se conmemora su bicentenario. El pasado se proyecta así sobre el presente que es precisamente lo que viene a suceder con Iberoamérica.

España e Iberoamérica

España se define hoy como una potencia media con intereses por todo el mundo. Pero España es algo más que eso, por más que no se lo crea; es la cabeza de un antiguo imperio y una importante referencia para los países que fueron parte de él, aunque no la única. Más de 572 millones de personas hablan español en el mundo, de los que 477 son hablantes nativos. A mediados de este siglo, los hispanohablantes serán 754 millones. El español sigue siendo la segunda lengua materna por número de usuarios, solo superada por el chino mandarín con 950 millones. Hoy habla español el 7,8 % del mundo, un porcentaje que está previsto que permanezca inalterado hasta al

menos el año 2050, mientras que desciende la proporción de hablantes de chino y de inglés.⁷

Esto es fruto de una empresa que arranca del papel de una persona de orígenes discutidos, Cristóbal Colón, pero que es española por los cuatro costados. La empresa americana es fruto de la extroversión de un Estado entonces en construcción, de una nación moderna tan avanzada en la que hasta una crítica de sesgo antiimperialista era posible. Es más, el papel de la sociedad española en tal empresa resultó ser más trascendental que el del propio Estado que actuó como su coordinador.

Y trajo consigo retos de todo tipo y condición que debieron tener cumplida respuesta. Las leyes de Burgos surgidas de una Junta convocada en la temprana fecha de 1512, por más que consideradas ineficaces, son todo un referente legal y moral de la empresa imperial. De hecho, la polémica de los justos títulos sobre las Américas está en las raíces del Derecho Internacional.

De esta suerte, y por imperativos de pura necesidad, la Escuela de Salamanca se convierte así en un puente entre el mundo medieval y el moderno al tener que articular una respuesta jurídica a temas de tal enjundia. En el bellísimo convento dominico de San Esteban de esa ciudad, en su Capítulo Antiguo, se hayan enterrados: Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Pedro de Sotomayor, Mancio de Corpus Christi o Bartolomé de Medina, entre otros protagonistas de estos excelsos momentos intelectuales. De esta manera, los vivos deciden sobre las tumbas de quienes una vez les precedieron.

Y es que en España se dieron grandes y pioneros debates. En la Junta de Valladolid, acaecida en 1550 y 1551, tuvo lugar lo que se conoce como la «polémica de los naturales» (indígenas americanos) que enfrentó dos formas de concebir la conquista de América: la primera, representada por Bartolomé de las Casas, pionero de la lucha por los derechos humanos por más que partidario del uso de mano de obra esclava africana; y la segunda, por Juan Ginés de Sepúlveda, que defendía el derecho y la conveniencia del dominio de los españoles sobre los indígenas, a quienes concibe como inferiores. No hubo una resolución final, pero lo importante, lo avanzado para la época, es que este debate tuviera lugar constituyéndose en un hito en la búsqueda de una justicia auténticamente universal y de los Derechos Humanos.

⁷ INSTITUTO CERVANTES. *Anuario «El español en el mundo 2017»*. Disponible en: https://www.cervantes.es/sobre_instituto_cervantes/prensa/2017/noticias/Presentaci%C3%B3n-Anuario-2017.htm

Hugo Grocio, por el lado holandés, recoge en el siglo XVII el legado de Vitoria en las complejidades también de la creación de un imperio en este caso protestante y con los controvertidos casos como fondo de la poco conocida pero infausta, desde la perspectiva actual de los Derechos Humanos, labor de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (VOC). Grocio también estuvo con el poder, es más contribuyó a construir su justificación; es un hecho que la contestación y activismo de los españoles frente a las políticas también españolas fue mayor que el de los holandeses cuyo legado es ensalzado ampliamente, sin embargo, por lord Clark.

En este proceso de extroversión, a diferencia de los holandeses, España en su empresa no partía de cero. Y es que todo esto fue posible no por el impulso de una sociedad acostumbrada a guerrear durante siglos, sino fundamentalmente gracias a la continua evolución de una forma de civilización que se remonta a la Hispania romana, al proyecto hispano visigodo de San Isidoro, a la España de las Tres Culturas y a la temprana expansión de los reinos ibéricos al fusionarse en un pionero Estado moderno.

El mundo hispánico de los siglos XVI y XVII, globalizador y globalizado, no era así un árbol sin raíces, sino un crisol que la historia había ido depurando. La Compañía de Jesús de la mano de un soldado español, es heredera de esta lógica de mestizaje. La película *La Misión* recoge, en el contexto de las llamadas guerras guaraníes y en la región de Misiones Orientales, mucho del debate referido al modelo de relaciones que se daba entonces; y sí se atiende bien, no se dejaba mal a los españoles. Los indios luchaban para continuar bajo la soberanía y protección del rey de España, al amparo del marco legislativo que les protegía y que era mejor que el de otros que, por otra parte, no son objeto de crítica.

El Galeón de Manila conectará de 1565 a 1815 Asia, América y Europa; Iberoamérica no es así el extremo de un Imperio, sino el pilar central de un puente, el primer puente global. Ha comenzado de este modo la globalización, y lo ha hecho de la mano de los españoles. Lo que vendría después sería un progresivo aumento de su velocidad.

Al ponerse en el mercado ingentes cantidades de oro y plata, revolucionaron la economía mundial al tiempo que ello permite el flujo de productos de lujo chinos a Europa y dotaba a este país del circulante del que precisaba. Además hubo intercambios culturales con Oriente previos a la Ilustración: libros culturales, gramáticas hasta una embajada procedente de Japón que arribó a la península mientras otra lo hacía al virreinato de Nueva España.

El control de todo este flujo dependía de la Armada. Pedro Méndez de Avilés lo organizó a través de flotas transoceánicas y de la defensa de puntos nodales (*choke points*). Un sistema de fortalezas —llaves— estratégicamente situadas combinadas con las selvas hizo a Iberoamérica inexpugnable hasta casi el siglo XIX, mientras el modelo de convoyes mantenía perfectamente el enlace con la metrópoli y el Pacífico, que durante 200 años fue un mar español. Y los ingleses se vieron derrotados durante el siglo XVIII en numerosas ocasiones, por lo demás, pocas veces recordadas por ellos primero (lógicamente) y por nosotros después (ilógicamente, pero la historia la están escribiendo ellos).

Es también la hora de los navegantes Magallanes y Elcano que dan la primera vuelta al mundo en 1522 (sir Francis Drake, la segunda en 1580), Miguel López de Legazpi el Adelantado, se hace con las Filipinas y funda Manila; un personaje como Andrés de Urdaneta, monje y aventurero donde los haya, descubre la ruta de los galeones de Manila. Pero no hay películas sobre él y en cambio sí sobre O. K. Corral.

En el siglo XVIII esta vocación de descubrimiento se mantenía, si bien derivó hacia un carácter más científico. Se produjeron las grandes exploraciones: se apoyaron los viajes naturalistas de Humboldt, Mutis, Malaespina. En 1774, se fundó la ciudad de Nutka, mientras en Alaska aún subsisten ciudades como Córdova y Valdés. En 1804, tuvo lugar la expedición Balmís, por el nombre de un médico de la corte, y que supuso la primera campaña de vacunación universal. Lo científico resultaba relevante. En territorios americanos se descubrió el platino, el wolframio⁸ o el vanadio por científicos españoles, como Andrés Manuel del Río o los hermanos Elhuyar.

España tuvo también un papel muy relevante, por más que oscurecido, en el Lejano Oriente, tanto en Asia continental como en Japón; los españoles sirvieron a la consumación de intercambios de primer nivel que convendría poner en valor. La

⁸ Es interesante la reciente polémica surgida en torno al nombre de Wolframio. Pocas personas saben que los términos wolframio y tungsteno identifican al mismo elemento de la Tabla Periódica y solo científicos de 13 países lo han hecho. Axel Fredrik Cronstedt, descubridor también del níquel, descubrió la scheelita, la denominó tungsten e incluyó una descripción de este mineral desconocido en su libro *Ensayos de Mineralogía* de 1758. En 1779, un científico irlandés, dedujo que la wolframita debía de existir pero no supo extraerlo. Fueron los hermanos Delhuyar los que en 1783, lograron por primera vez aislar precisamente en España mediante una reducción con carbón vegetal, el nuevo elemento químico. Y así lo documentaron en su texto *Análisis químico del wolfram y examen de nuevo metal*. La Unión Internacional de Química Pura lo denominó en 1949 oficialmente Wolframio, nombre de raíces alemanas pero en 2005 le cambió el nombre por tungsteno, nombre de raíces suecas (literalmente piedra pesada) denominación que no es aceptada por la RAE.

Compañía de Jesús, como hemos visto, surgida de una mentalidad profundamente española y con sus capacidades adaptativas, contribuirá como crisol a este mestizaje. Una empresa que por tanto no se quedó solo en conquista, sino que fue también intercambio; se propugnaba un equilibrio que facilitase la paulatina incorporación de los nuevos dominios a un nuevo orden social y político. Estamos hablando así de un proyecto de largo plazo que pretendió incorporar lo mejor de cada mundo y obtener la sinergia del conjunto. Y eso incluía saberes, visiones y conocimientos, como prueba la difusión de la imprenta y las universidades en todos los territorios de la monarquía hispánica.

El primer libro iberoamericano fue impreso en Perú en 1584; las acusaciones de un colonialismo oscurantista por estar asociado a la prohibición de libros de ficción y científicos difícilmente pueden sostenerse pues se corresponde con un tiempo en el que se crea una red de universidades, la primera de ellas en Santo Domingo en 1538, un siglo antes que Harvard.

La civilización hispánica, también la trasplantada, es urbana, no en vano la palabra «civilización» deriva del término *civis*; expresa así el estilo, la forma de vida de las ciudades; por eso la urbanización de América fue un paso adelante en el proyecto civilizatorio como lo fue, según se ha visto, la rápida urbanización de la Hispania romana. Tan pronto se hacían con un nuevo territorio, los conquistadores fundaban una ciudad en la que se aunaban poder político, religión y comercio y que servía a la aculturación del conjunto. El trabajo intelectual y docente necesario para la implementación de tal proyecto, se tradujo en la creación de numerosas gramáticas con el que se acreditan simultáneamente voluntad de conocer y respeto intelectual por el otro. Este hecho contrasta con el proceder de otras culturas. Conocer es siempre una muestra de respeto y reconocimiento —doble conocimiento— del otro.

Esto, en el mundo anglosajón, fue bien diferente. Martínez Montes detalla cómo, tras la creación de la Compañía de las Indias Orientales en 1600, que centró su esfuerzo colonizador en la India, hubo de esperarse hasta 1784 para la creación de la *Asiatic Society*. La primera gramática de lengua hindi publicada es de 1796; y el primer colegio para enseñar a los agentes ingleses de aquella compañía las lenguas orientales data de 1800. En las Américas las labores de educación de los amerindios en las colonias británicas fue escaso, en contraste con la voluntad de crear una élite amerindia hispanizada que fue el objetivo prioritario de la empresa española. Algunas capitales

virreinales y ciudades principales eran comparables a las capitales europeas en la era de la Ilustración, como señaló el propio Alexander Humboldt.

Merece citarse que, entre 1820 y 1950, el PIB per cápita medio de doce Estados de la Europa occidental se multiplicó por 4,5 mientras que el aumento que experimentó la India o Egipto, países en régimen colonial fue testimonial⁹. En 1960, el Congo belga, con una población de 17 millones de personas contaba con 17 licenciados de los cuales ninguno era médico, abogado o ingeniero¹⁰; cuando los franceses salieron de Túnez había 143 médicos y 41 ingenieros nativos¹¹. Por eso la Resolución 1514 de la ONU establecía que «la falta de preparación en el orden político, económico, social o educativo no deberá servir nunca de pretexto para retrasar la independencia».¹²

La concepción hispánica es una apuesta realizada sobre la hibridación y el mestizaje que se traslada incluso hasta los lugares sagrados que son decorados con temática india, y en los que se incluyen santos y apariciones autóctonas. En no pocas ocasiones, la nobleza prehispánica se mezcló con los recién llegados en un ambicioso proyecto de ingeniería social y con mutuo beneficio de ambos colectivos, por más que hubiese fuerzas reactivas para crear una auténtica nobleza hispano-americana. La vuelta al mundo ideada por Magallanes, sufragada por la Corona española y completada efectivamente por Elcano fue culminada por 17 hombres más, cuatro griegos, dos italianos, un portugués, un alemán y diez españoles (vascos, gallegos, andaluces, extremeños y cántabros).

La figura del Inca Garcilaso de La Vega —Gómez Suárez de Figueroa— hijo del conquistador Sebastián Garcilaso de la Vega y de la princesa Chiampu Ocllo obedece señeramente a tal historia de fusión para la que se tomó lo mejor de los dos mundos y es expresión viva de la globalización. Autor de *La Florida del Inca*, *Los Comentarios Reales* y *la historia General del Perú*, su excelente formación (hablaba quechua, español, latín e italiano) le situaba en la vanguardia de las letras españolas.

Otra expresión de modernidad la tenemos en el indio quechua Felipe Guzmán Poma de Ayala, autor hacia 1600 del libro *Primera Crónica del buen gobierno* o el indio nahua, Domingo Chimalpahin, que escribió en su lengua ocho extensas *Relaciones* además de hacerlo en castellano. Para encontrar a un escritor amerindio escribiendo en inglés hay

⁹ HOBBSAWM, Eric. *Guerra y paz en el siglo XXI*. Editorial Crítica, Barcelona 2007, p. 34.

¹⁰ PARDO DE SANTAYANA y VACAS FERNÁNDEZ. *El conflicto de los Grandes Lagos*. Colección conflictos internacionales, Ministerio de Defensa, 2003, p. 28.

¹¹ HOURANI, Albert. *La historia de los árabes*. Vergara, Barcelona 2003, p. 467.

¹² Resolución 1514 (XV) de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

que esperar a Samson Occom, que en 1768 escribió *Una corta historia de mi vida* en la que denuncia el maltrato sufrido por su tribu a manos inglesas y que no se publicó hasta 1892. Por el contrario, los logros literarios de la América hispánica no tienen parangón en otras empresas coloniales: Ercilla, Bernal Díaz del Castillo, Balbuena, Garcilaso, Sor Juana Inés de la Cruz, etc. En América recibieron las artes un sello propio, una marca civilizatoria, diferente de la metrópoli, algo no tan frecuente en otras empresas coloniales. Es lo que los romanos llamaban *genius loci*. Las series pictóricas del género de castas eran realizadas de común por pintores igualmente mestizos, que testimonian y normalizan la fusión y la diversidad.

Como recuerda Luis Suárez y también recoge Martínez Montes, España también fue innovadora en América: «No crea colonias, organiza y reconoce reinos que van madurando hasta que forman lo que hoy son las naciones hispanoamericanas. El error lo cometió Fernando VII, que tenía que haber cumplido los acuerdos de las Cortes de 1780, por los cuales se iba a ir elevando el nivel de los virreyes, que tenían que ser infantes, hasta llegar, poco a poco, a una autonomía administrativa, de tal manera que sólo se acabara manteniendo —como así hizo Inglaterra— la unión económica. Hablar de guerras de Independencia en América es erróneo, pues son guerras civiles: en realidad hablamos de españoles que estaban enfrentados. Y es que, cuando Fernando VII vuelve después de la guerra contra los franceses, en vez de pensar que había que reformar la Constitución de Cádiz, la deroga completa, y así pasó lo que pasó en el siglo XIX aquí y en América...»¹³

La cuestión es que las repúblicas recién independizadas compraron un relato noratlántico acerca de una España fundamentalmente opresora. Afortunadamente, pese a la fragmentación política, pudo mantenerse la unidad lingüística como fruto de las políticas de aculturación de tres siglos y el apoyo de las élites intelectuales de las nuevas repúblicas. Estas aseguraron el liderazgo artístico y cultural que España no era ya capaz de proseguir. El movimiento modernista surgió en esta fase de tránsito; un término que acuñara Rubén Darío en 1888. Sin embargo, el relato noratlántico rechaza tan relevante papel en el cual algunos llegan a incluir a la Generación del 98.

¹³ Entrevista a Luis Suárez para el diario ABC 02/06/09 <http://www.abc.es/20090602/cultura-cultura/luis-suarez-pasa-revista-20090602.html>

El modelo de fusión, finalmente, será el que se imponga en Estados Unidos, particularmente a partir de la segunda mitad del siglo XX. Nueva York se nos presenta hoy como una imagen de mestizaje, futuro y éxito.

Pero inicialmente su apuesta se formuló siguiendo la tradición anglosajona, esto es la separación entre nativos y colonizadores; esto también se percibe desde las artes donde se repiten modelos clásicos incesantemente para ahuyentar el horror del mestizaje. En palabras de Thomas Jefferson y en su estilo palladiano: en anglo-América era «imposible mirar hacia el futuro y no ver un tiempo cuando nuestra rápida multiplicación no cubra la totalidad del hemisferio norte, y hasta el del sur, con una población que hable la misma lengua, gobernada de forma similar y sin mancha de mezcla alguna sobre su superficie». Estas políticas tendrían su máxima expresión con Theodor Roosevelt. Inca Garcilaso se presenta como el contrapunto de este modelo del que es ejemplo sin parangón en esta área. Antiglobalización y globalización. Finalmente, la globalización se impuso.

Así también, por ejemplo, Estados Unidos y España tienen una historia compartida que conviene no olvidar. Para empezar, el dólar estadounidense surgió de la poderosa entonces moneda española y, de ello, su símbolo de heráldica española. Casi dos tercios del territorio norteamericano fue parte de los dominios españoles; la primera ciudad europea de Estados Unidos es San Agustín fundada en 1565 por Pedro Méndez de Avilés. Luego están las gestas de Ponce de León, Cabeza de Vaca y Hernando de Soto, en Florida y el Mississippi; de Vázquez de Coronado, el padre Kino y Juan de Oñate, en Texas, Arizona, Nuevo México y Colorado; o de Fray Junípero Serra y las expediciones españolas, en California. Fueron españoles los primeros en explorar el Cañón del Colorado (Vázquez de Coronado), el Mississippi, (Hernando de Soto) y en navegar y tocar los puertos de Nueva York y Virginia más de setenta años antes que el Mayflower¹⁴. Aún es más, el apoyo de España fue decisivo para la independencia del país; este se materializó primero en forma de asistencia militar y después mediante el envío de tropas de combate, destacando el papel de Bernardo de Gálvez.¹⁵

En 2009, unos investigadores descubrieron en el Archivo de Indias una carta de 1783 del presidente del Congreso Continental, Elias Boudinot, al secretario de Bernardo de

¹⁴ ASPIROZ, Ander. "El legado de España en Estados Unidos llega a internet", *diario ABC*. Disponible en: <http://www.abc.es/cultura/20131116/rc-legado-espana-estados-unidos-201311160725.html>

¹⁵ SOCIEDAD GEOGRÁFICA ESPAÑOLA. *La huella de España en Estados Unidos*. Disponible en: <http://www.sge.org/sociedad-geografica-espanola/publicaciones/boletines/numeros-publicados/boletin-no-28/la-huella-de-espana-en-estados-unidos.html>

Gálvez —amigo de George Washington y a quien le hubiera gustado que caminase a su lado en el desfile de la victoria—, Oliver Pollock en que le solicitaba un retrato del general para colgarlo en el lugar en que se reúne el Congreso de los Estados Unidos como justo reconocimiento a su mérito. En 2014, se cumplía ese deseo al tiempo que se le concedía a Gálvez la ciudadanía estadounidense, honor que comparte con ocho personas más en la historia. Tuvieron que pasar 231 años para eso, aunque ningún momento es malo para hacer justicia. No obstante, merece reseñarse que no fueron investigadores norteamericanos los artífices del hallazgo, sino españoles, aunque es este un fragmento de la historia más importante para ellos que para nosotros.

La contribución española a lo que son hoy los Estados Unidos merece ser reconocida y valorada. Este país tiene otras herencias además de la británica: polaca, irlandesa, entre otras. Por más que se haya unificado en torno a la lengua inglesa. La herencia española sigue ineludiblemente presente. Hoy la población hispano-hablante nativa de los Estados Unidos ronda los 43 millones de personas. Según la Oficina del Censo, EE. UU. será en 2060 el segundo país en número de hispanohablantes después de México. El 28,6 % de su población entonces será hispana¹⁶.

En el ámbito no biológico no hay determinismo, y cada quien escoge los padres que quiere. Y la España débil y sin pulso del siglo XIX y de la primera mitad del XX era, ciertamente, un mal padre para quien quiere ser imperio. Además, España es líder histórico, lo quiera o no, de toda una poderosa cultura que, ni más ni menos, rivaliza con la anglosajona liderada a su vez por Estados Unidos hoy. Y no olvidemos, como ya hemos visto, que el enfrentamiento con España está en las raíces del relanzamiento tanto del Reino Unido en el siglo XVI como de Estados Unidos en el XIX.

Todos estos méritos y contribuciones de nada servirá si prevalecen las tesis anti-hispanas, hoy resurgentes en determinados lugares de Estados Unidos. Huntington, nos recuerda Luis Francisco Martínez Montes, en su trabajo *Who are we?* consideraba la cultura hispánica como una amenaza para la seguridad del país al tiempo que recomendaba la fragmentación de la comunidad iberoamericana y la separación de ésta de España.

¹⁶ INSTITUTO CERVANTES. *Anuario «El español en el mundo 2017»*. Disponible en: https://www.cervantes.es/sobre_instituto_cervantes/prensa/2017/noticias/Presentaci%C3%B3n-Anuario-2017.htm

Conclusiones

España, por su historia y pasado, representa un modelo cultural de extraordinario pasado, presente y proyección, por mucho que se sitúe actualmente en la semiperiferia estratégica. Su papel, tiene sus luces y sus sombras (no las olvidemos), pero aquellas priman sobre estas. Que la cultura anglosajona prevalezca en el siglo XXI ni suma ni resta a lo que una vez fueron el imperio romano o el español, ni a su valor y contribución a la historia.

De hecho, y contra lo que propugnaba lord Clark, no es posible pasear por la historia de la civilización universal sin citar regularmente nombres españoles. De nuestro país han surgido Hernán Cortes o Pizarro, pero también Fray Bartolomé de las Casas, Santa Teresa de Jesús, San Francisco Javier, Velázquez, Picasso o San Francisco de Borja. Todo ellos desde alguna perspectiva, sino en todas, son grandes. Literatos, músicos, pintores se suceden. La producción cultural española resulta difícilmente abarcable; y otro tanto sucede en otros ámbitos: empresarial, ingeniería, matemáticas. La cultura española junto con la italiana, la alemana, la francesa y la anglosajona son claves para entender lo que es hoy Europa.

Estudiar Historia no es permanecer anclados en el pasado, sino aprender y situar el conocimiento en un cauce creciente y útil. Como nos recuerda Martínez Montes, cuando el Estado español emergió al inicio de la Era Moderna, lo hizo como heredero de una mezcla y en forma de una monarquía compuesta que regía una sociedad en estado de fisión y fusión nucleares. No hubo tiempo para un estado de equilibrio previo y se extrovirtió dando lugar como resultado a una primera era globalizadora.

El mundo hispánico estuvo políticamente unido durante tres siglos. Es más, culturalmente aún lo está a través de redes y nodos que sirven a la articulación del conjunto. Una comunidad transcontinental y transoceánica, un crisol que servía al crecimiento de todos. Este legado se ha trasladado a otras culturas y según Huntington ha servido hasta al propio desarrollo de una civilización con características propias. La cultura hispanoamericana es por ello una de las más fuertes del mundo y está dotada de un más prometedor futuro.

La globalización es un fenómeno difícilmente reversible por las graves consecuencias que de ello se derivarían. Hibridación e interculturalidad son las claves del paradigma dominante en nuestro tiempo. El nuevo humanismo precisa de disposición para conocer otras culturas. Los movimientos esencialistas que intentar negar la mezcla desde el

miedo a la globalización difícilmente pueden prosperar sin un grave movimiento de reversión. El caso del cambio de actitud de Estados Unidos a mitad del siglo XX es palmario y anticipatorio. El de Nueva York será el modelo que se repita de la mano de la globalización: el del éxito de tomar lo mejor de cada mundo.

El caso de España es singularmente relevante y ejemplo de lo que nos ocupa. España no está hecha solo por una de las «Tres Culturas», por la ganadora de la pugna entre ellas, sino que todas perviven de modo hegeliano y de síntesis en el legado de la que se impuso. En Europa debe acontecer el mismo fenómeno y aún perfeccionarse. Debe ser una victoria conjunta. Y es que la historia europea que, lejos de ser un remanso de paz y concordia tiene, muy por el contrario, un pasado plagado de conflictos y de enfrentamientos que han servido para construir la epopeya de los Estados-nación y, más recientemente, del proyecto común europeo, hoy debilitado, pero no periclitado.

Construir más Europa pasa así por reconstruir la lectura que se ha hecho de su pasado, por resaltar lo común, lo que une, sin ignorar lo diverso aunque, eso sí, sin contraponerlo ni confrontarlo a esa matriz común, sino utilizándolo para enriquecerla. Icaria donde todos piensan lo mismo, solo puede ser una comunidad pequeña y sencilla; Babilonia para ser grande, tiene que contener grandes diferencias¹⁷.

La globalización implica ir un paso más allá en la aplicación de esta lógica de encuentro. En este sentido, el autor apunta a que España podría contribuir al mundo hoy de igual forma, esto es, como una suerte de jesuitismo laico, propiciando el paso de una civilización eurocéntrica a otra auténticamente cosmopolita.

En fin, Ramón y Cajal llamaba a «contribuir a aumentar el caudal de ideas españolas circulando por el mundo». Y es que la mejor manera de defender nuestra historia es hacer lo que propugnaba Churchill, un estadista: escribirla. La epidural no es poca cosa, es preciso reivindicar al comandante Pagés y su mérito, cualquiera que sea este. Para ello, hay que contar su historia. Al final, escribir la historia viene a ser casi como gobernar el mundo.

Federico Aznar Fernández-Montesinos*
Analista del IEEE

¹⁷ MERLE, Marcel. *Sociología de las Relaciones Internacionales*. Alianza Universidad, Madrid, 1984, p. 329.